

Pensando la transicionalidad y su patología



CRISTINA L. DE CAIAFA¹ & FRANCISCO AMEGLIO²

El concepto de espacio, objeto y fenómenos transicionales es quizás uno de los más singulares aportes de este original y tan agudo clínico del psicoanálisis británico, D. Winnicott, que muchos hemos conocido en nuestro medio gracias al profesor Prego Silva, a quien siempre recordamos con afecto y reconocimiento.

El concepto de transicionalidad está estrechamente relacionado con otros conceptos-llave o prínceps en la obra de Winnicott. Nos referimos por cierto a sus planteos acerca del *holding* y del *handling* como formas del vínculo materno cargado de consecuencias en la vida psíquica del niño, aspectos que no desarrollaremos in extenso en esta comunicación pero que constituyen elementos esenciales en las dinámicas que hacen al ambiente facilitador.

Vayamos entonces a delimitar cómo entendemos la transicionalidad y sus fallas con relación a su concepción del objeto.

El espectro que abarcan los objetos subjetivos, transicionales y objetivos está íntimamente relacionado, va de la mano, diríamos, con el proceso que va de la dependencia absoluta a la independencia relativa.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@adinet.com.uy

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. ameglio@adinet.com.uy

Estamos de acuerdo con M. Pelento (citada por Barreiro, 2012: 36) cuando señala que «en la teoría de Winnicott cada objeto tiene e inaugura un espacio. Así el objeto subjetivo abre el mundo interno; la presencia de la madre como algo independiente da cuenta de la realidad compartida; y el objeto transicional inaugura el espacio de la creatividad».

El objeto subjetivo constituiría la relación inaugural en las prístinas etapas de la vida del recién nacido. Son experiencias subjetivas en las cuales la madre o parte de ella es creada gracias y a través de la vivencia de omnipotencia que ella promueve y que permite al *infans* experimentar la progresiva y gradual experiencia de ser en tanto y en la medida en que puede crear.

Recordemos que si bien es el *infans* quien crea, es el ambiente el que habilita la creación al presentar el objeto.

Aquí lo esencial es que mediante la ilusión él pueda creer que crea, y esto sobre una base de unión necesaria madre-bebé.

Ahora bien, para pensar en el objeto transicional, Winnicott se aleja y toma un punto de vista distinto del de Klein en su dicotomía entre objetos internos y externos. No rechaza ni desconoce los postulados de Klein, diríamos que los complejiza y al mismo tiempo los enriquece mientras en cierta medida cuestiona la clásica dicotomía kleiniana.

Es así que inaugura y nos invita a pensar la categoría de objetos y fenómenos transicionales (Winnicott, 1971: 17-46).

«Introduzco los términos objetos transicionales y fenómenos transicionales para designar la zona intermedia de la experiencia, entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha introyectado, entre el desconocimiento de la deuda y el reconocimiento de esta» (Winnicott, 1971: 18).

«First not me possession» es una paradoja, como otras tantas que nos hace descubrir, no sin sorpresas y dificultades, este agudo clínico. «No estudio específicamente el primer objeto de las relaciones de objeto. Mi enfoque tiene que ver con la primera posesión, y con la zona intermedia entre lo subjetivo y lo que se percibe objetivamente» (Winnicott, 1971: 19).

Es esta tercera zona de la experiencia que permite la distinción entre yo y no-yo, entre lo propio y lo ajeno, entre lo subjetivo y la alteridad. Myrta

Casas señala con acierto que «esa zona intermedia es el ámbito donde se juega la estructuración psíquica» (1999: 260).

El «entre» no remite a aspectos físico-espaciales, sino que designa y pone el acento en modalidades de experiencia y de relación, lo que tiene también mucho de lo temporal en el contexto de lo que está aconteciendo, y que permite una cierta discriminación con el objeto junto con la pérdida (del objeto subjetivo), anuncio de simbolización.

La manta, el osito de peluche son testimonios de presencia y de intermediación, como también pueden serlo una melodía, un sonido, unos fonemas aparentemente descosidos pero que cobran un sentido singular y particular al hilvanarse en el entredós del espacio transicional que se instaure y construye en el vínculo madre-*infans*, siempre y cuando el ambiente sea facilitador. Presencia e intermediación que habilita el darles sentido vital a estos primeros engramas y códigos vinculares, intermedios necesarios para la estructuración del psiquismo así como de un vínculo habilitante.

El objeto transicional debe sobrevivir a la agresión y al daño y tener cierta textura sensorial para que el bebé lo sienta como vital, pero al mismo tiempo dé lugar a cierta realidad experiencial propia.

Llegado su tiempo y cumplida su función, no se lo llora, no se hace duelo por él, tampoco se lo olvida, no cae bajo la represión, se deatextiza, pierde significación mientras el espacio transicional se va poblando con la riqueza del juego, la simbolización, la imaginación creadora y de las experiencias de participación en los fenómenos de la cultura en los que esa riqueza y disfrute se comparten en el campo de las artes, la religión, las ciencias, etcétera.

Pero ¿qué pasa cuando ocurren fallas tempranas en esta aria-obertura a dos voces?

¿Qué consecuencias tendrá sobre las posibilidades de simbolización?

Cuando este proceso no se da, cuando hay fallas en la transicionalidad, estaríamos frente a condiciones de existencia que muy posiblemente desemboquen en el campo de la psicopatología.

JULIÁN

Hace ya varios años vino a consulta una madre joven con su niño de dos años y medio, a quien llamaré Julián. El motivo de consulta era que su hijo no hablaba ni jugaba y no parecía interesarse por los juguetes ni por las personas; dijo que ella «había notado algo», pero que el llamado de atención que motivó la consulta provino de la guardería.

Julián, hijo único deseado por sus padres, recibió en su historia temprana el impacto de un drama que dejó sus marcas.

A poco de nacer él, su madre aún en el puerperio debió consultar por molestias físicas que luego de diversos exámenes desembocaron en un diagnóstico oncológico. Ella se deprimió muchísimo y ocultó este diagnóstico a su familia y a su esposo, mientras comenzó a dedicarse febrilmente a preparar los pocos exámenes que le restaban para terminar la carrera universitaria que cursaba.

Describe cómo «estudiaba a toda hora» con el cochecito al lado atendiendo lo imprescindible del cuidado del bebé, que él dormía mucho y ella estudiaba.

En su relato no aparecían menciones a otros intercambios, miradas, mimos, arrullos, juegos, como si aquel diagnóstico hubiera configurado una hemorragia libidinal que dejó al bebé despojado del investimento materno.

Esto continuó por meses, y ya muy cercano al año del niño a la mamá le comunican que hubo un error de diagnóstico y que no tiene cáncer. Entonces, estaba sana, recibida. A la vez que Julián, «muy inquieto y desatento, que solo se entretenía rompiendo papeles», diarios, revistas, libros, lo que estuviera a mano. Durante el segundo año en la guardería no se vincula con otros chicos ni desarrolla lenguaje, deambula sin interesarse por nada, no se le notan progresos, entonces en la guardería se inquietan y plantean la consulta.

Al preguntar por el padre, que nunca concurrió, dice que trabaja muchas horas fuera de casa y a veces debe trasladarse al interior, «no está mucho con él». Actualmente la mamá también trabaja, y fuera de las horas de la escuelita cuando ella no está lo cuida una empleada.

Propongo una serie de entrevistas, las que se realizan en presencia de la madre. Ella se mantiene alejada y pasiva, mientras Julián no mira la caja

de juegos que parcialmente abierta muestra sus contenidos que «invitan» a ser descubiertos. Tampoco mira a su madre ni a mí. Deambula por la sala hasta que «encuentra» una revista y empieza a romperla sacando pedacitos de las hojas y dejándolos caer.

La escena se mantiene un cierto tiempo mientras lo observo en su despliegue y luego empiezo a juntar los pedacitos y a ponerlos dentro de una ollita que saco de la caja.

Luego pongo palabras: «Estás haciendo papa», «¡Hum, qué rico!», y hago la mímica de comer de esa papa-papelitos. Repito «qué rica papa hace Julián»; ahí me mira. ¿Será que se sintió nombrado? Yo lo miro y hago el gesto de darle a él que espera quieto y tolerando esa aproximación. Mi «gesto alimenticio» se acompaña de palabras que subrayan: «¡Qué rica papa hizo Julián!». Él continúa mirándome y esboza un gesto de darme él.

Miro a la madre, se le caen lágrimas. Dice: «Desconozco a mi hijo. ¡Es otro! Nunca hizo esto, nunca jugó», y agrega: «Creo que yo nunca jugué con él así».

Este breve recorte, una cuasiinstantánea si pensamos en los tiempos naturalmente elongados de un análisis, es suficiente para abrir un montón de preguntas. Reflexiones e interrogantes cuyo despliegue nos conducirá por zonas de teoría y clínica que con frecuencia nos sitúan en los confines de nuestra comprensión como analistas o de nuestras posibilidades de incidir para aliviar el sufrimiento. Ya sea que intentemos propiciar encuentros diferentes madre-hijo, o quizás para que puedan surgir una madre y un hijo más allá del hecho biológico. Recordando a Margaret Mahler y su propuesta de un «nacimiento psicológico del infante humano» y de las necesarias condiciones para lograrlo, arribamos a preguntarnos, ahora desde perspectivas winnicotianas, cómo surgen un bebé y su madre.

Cuál es la naturaleza de esta relación que lo llevó a decir que no existe eso que llamamos bebé, para marcar la presencia ineludible de ambos, madre e hijo en su encuentro, un encuentro cuya naturaleza se modifica en un pasaje del uno al dos, pero que también incluye la paradoja del ser uno y ser dos.

Por este camino llegamos a un hecho central en el desarrollo emocional temprano: la *dependencia*. Un fenómeno visible, racional y lógicamente comprensible, los bebés dependen física y emocionalmente de sus madres. Pero ello incluye involucramientos conscientes e inconscientes, personales

e interpersonales, los cuales hacen a su vez a la complejidad del concepto de *entorno o ambiente facilitador*.

Cuando D. Winnicott plantea el desarrollo emocional (1993: 199-214) como un recorrido que desde la *dependencia absoluta* pasa por una *dependencia relativa* y avanza hacia una *independencia creciente*, que también es relativa, nunca completa, está a su vez apuntando al diálogo, y a la calidad de este, entre lo propio del niño y el entorno. Apunta al diálogo con el ambiente facilitador, contraparte esencial del estado de dependencia absoluta del recién nacido.

Ese ambiente facilitador es primero la madre, pero con ella se incluyen el padre, la familia, la sociedad. Estos otros términos constituyen para la madre *su* ambiente facilitador, el que le aporta reaseguros libidinales y afectivos así como amparos frente a las exigencias de la realidad externa. Constituyen elementos que contribuyen a calmar sus temores y ansiedades y garantizan un clima que le permita desempeñar una función materna suficientemente buena.

Cuando hablamos del diálogo entre dependencia y entorno facilitador y señalamos la calidad de este, apuntábamos a aquellos encuentros que se malogran por factores de diverso origen o por dinámicas que obturan ese diálogo afectando el surgimiento de un bebé sano emocionalmente, tal como pensamos el caso de Julián. Un niño que vio comprometida la etapa más temprana de su existencia por factores de enorme peso en la economía emocional de su madre.

Veíamos que la madre es para un bebé su primer entorno facilitador, y ello desde antes de nacer. El primer ambiente es el interior del cuerpo materno, el útero prenatal con sus funciones de protección y sustento, en perfecto ajuste con las necesidades del feto.

Y luego del nacimiento nuevamente la madre, ahora como sujeto pleno de deseos vitales para su hijo y funcionando como una unidad integradora-dispensadora de afectos y técnicas de crianza al compás de las necesidades que capta en él.

Allí se cruzan una *identificación profunda* con el hijo y sus necesidades (cien por ciento, dirá D. Winnicott), *su experiencia inconsciente* (actual y presente) de haber sido bebé, de haber recibido cuidados maternos junto con *su deseo* de ahora poder brindarlos, en un entretejido con los

aprovisionamientos que recibe de su entorno familiar y emocional y que incluyen enseñanzas, costumbres, tradiciones familiares que se inscriben y son portadoras del bagaje cultural de pertenencia.

D. Winnicott ha remarcado esa identificación de la madre con el hijo implícita en el sostén, concepto winnicotteano que excede ampliamente, como sabemos, el sostén físico, si bien en estas etapas la forma en que se da es también relevante.

Esa identificación materna con el hijo le permite, diríamos, significar sus señales para comprender sus necesidades, de modo que estas, colmadas a tiempo, no lleguen a ser notadas, es decir, no existan como necesidades. Porque si esto no fuera así se anticiparía la separación y con ella la indefensión dolorosamente experimentada. Esta identificación y esta comprensión maternas son parte de lo que D. Winnicott ha llamado el «allegamiento yoico de la madre» (1993: 41), quien, como forma de asistencia al hijo, aporta el único funcionamiento yoico de que un bebé temprano dispone: el *yo* de su madre, quien es al mismo tiempo ignorada como *otro*. El bebé en estos tiempos no conoce al objeto materno, él *es con* la madre en unidad con ella, no existe conciencia de separación. La madre es un objeto subjetivo, no tiene para el bebé existencia propia, aparece y desaparece al compás de la necesidad experimentada o satisfecha.

Claro que esto es así si todo va bien y la madre es suficientemente buena, si sus cuidados protegen al bebé de verse expuesto a fallos o agravios que, por acción u omisión, lo lleven a experimentar angustias impensables, esas que D. Winnicott llamó agonías inconcebibles. Esta designación da cuenta no solo de lo intenso e intrusivo que puede resultarle al bebé, sino también del hecho de que él aún no dispone de un aparato psíquico y de un *yo* capaz de procesar psíquicamente estos estados.

Entonces lo que sucede es que se inunda de esas angustias extremas que lo toman, toman su cuerpo y lo impregnan de sensaciones insoportables, del horror a sentirse:

- cayendo sin sostén alguno
- desmembrándose
- perdiendo toda relación con el cuerpo
- en total aislamiento

Es decir que nos encontramos con la materia prima de las angustias psicóticas y las vivencias de aniquilamiento.

Thomas Ogden en su libro *La matriz de la mente* enfoca lo que él a partir de su lectura de Winnicott considera la dependencia materna respecto del hijo y su influencia sobre el desarrollo psicológico del bebé. Plantea que se genera una nueva entidad psicológica, un compuesto «la madre bebé» (Ogden, 1989: 136).

Ese compuesto implica que el entorno forma parte del individuo en desarrollo, «en este sentido todos los niveles del desarrollo están representados en el compuesto la madre bebé» (Ogden, 1989: 136). Eje sincrónico del desarrollo que Ogden extrae de la propuesta winnicotteana. «Un aspecto de la madre está mezclado con el bebé en un estado al que Winnicott se refiere como preocupación materna primaria (1958). Esa experiencia de perderse uno mismo en el otro (“sentirse en el lugar del bebé”) es la vivencia de la madre de convertirse en una parte de la madre bebé» (o. cit.: 136). Esa experiencia es lo que le permite comprenderlo a partir de lo que siente con él, pero la comprensión proviene de la parte adulta del «compuesto». Estamos situados en la paradoja «la madre y el bebé son uno - la madre y el bebé son dos». Ogden remarca el hecho de haber sido con Winnicott que el psicoanálisis elaboró el concepto de madre como matriz psicológica del bebé. «Debido a que el entorno interno sustentador del bebé, su propia matriz psicológica tarda en desarrollarse, sus contenidos mentales existen inicialmente dentro de la matriz mental y física materna» (o. cit.: 142). Entonces es la madre entorno la que proporciona el espacio mental dentro del cual se empiezan a crear las vivencias del bebé. Pensamos que con esto nos acercamos a la función *rêverie* materna de W. Bion.

Todo lo señalado nos lleva a pensar una vez más en lo necesario de esta intensa y compleja unión para poder luego acceder a la gradual separación. Esa que hace surgir una madre y un bebé. Y si pensamos en Julián, qué madre y qué bebé.

Estamos aproximándonos al planteo de la *dependencia relativa* cimentada ya no en el ajuste perfecto de la madre, sino en sus *fallas* graduales, «a medida» y con posibilidad de ser enmendadas. En la reiteración de esas fallas en el contexto de un vínculo que da lugar a experimentar la rabia, el pataleo (que es protesta, reclamo, pero también placer de la expresión

motriz del yo corporal naciente), la madre va asumiendo una mayor autonomía respecto del bebé, el que a su vez la va liberando al asumirse uno (integración mediante) y separado. Ella reemprende su vida y él empieza a vivir la suya.

D. Winnicott advierte que una madre que no puede ir fallando en forma paulatina le impide a su hijo experimentar la rabia, no le da razones para sentirla y expresarla y de ese modo le dificulta la fusión de la agresividad y el amor.

En ese no fallar como otra falla materna, pensamos que ambos pierden la oportunidad, la posibilidad y riqueza de la reparación. En esta línea nos parece interesante destacar que la reparación para Winnicott, en un matiz de diferencia con M. Klein, no está completa si el objeto no da una respuesta que dé cuenta de su sentirse reparado. Es la respuesta del objeto lo que certifica el acto reparador, al inscribirlo en el diálogo y el vínculo entre ambos, y con ello trae el alivio a la culpa y al penar por el daño ocasionado.

Otro punto respecto del valor de la falla materna es que constituye una vía para que el bebé pueda percatarse en su ausencia de su necesaria presencia.

Diríamos que hay que haberlo tenido y bien para poderlo perder (como objeto subjetivo), y hay que haberlo perdido para poderlo simbolizar y conocer.

El pasaje del estado de dependencia absoluta al de dependencia relativa evoca el pasaje del principio del placer al principio de realidad en Freud.

Es como una afrenta a la omnipotencia y a la creatividad primaria experimentada. Ahora el mundo existe per se, y se va poblando de objetos no-yo.

Hay angustia y dolor en esa afrenta acontecida cuando el niño está en la transición del vínculo de fusión con la madre a un tipo de relación en la que ella tiene una existencia externa y separada. Y esa angustia se mitiga mediante el uso de los objetos transicionales que inauguran la tercera zona de experiencia, esa que se abre a las riquezas de la potencialidad en los seres humanos.

En el objeto transicional se anticipa algo de la realidad externa por medio del contacto con los sentidos o la musculatura, etcétera, pero al mismo tiempo se lo niega al retener en él algo de las cualidades mágicas, y ello en salvaguarda de la omnipotencia a la que es tan difícil renunciar.

Es un objeto en el que confluyen, como veíamos al comienzo, la idea de una posesión, la primera posesión no-yo, y la idea de creación por parte del niño. Ser una posesión marca una diferencia —me pertenece—, no soy yo. Ser una creación pone la marca del sujeto, pero en algo fuera de él. Estas ideas sostenidas en la paradoja no se incomodan, coexisten y hacen a la función de tolerar la erosión de la matriz psicológica que la madre aportaba, al tiempo que la matriz psicológica propia se va consolidando y va mostrando su riqueza en el despliegue de su propio espacio potencial.

La fertilidad del despliegue de los fenómenos propios de la transicionalidad, la apertura al simbolismo, al juego creativo, a la potencialidad de las producciones simbólicas y a la riqueza cultural, todo ello, veíamos, se cimienta en las más tempranas épocas de la existencia y en el marco del vínculo con la madre, con los padres. Y es la cualidad de estos vínculos la que marcará el camino hacia futuros posibles.

Llegados aquí, volvemos a pensar en Julián y su mamá, en esa historia y en sus marcas.

Nos preguntamos: ¿qué pasó en esta madre al recibir un diagnóstico fatídico cuando acababa de tener a su primer hijo?

Podríamos hipotetizar que a la depresión puerperal se agregó una «sentencia», el cáncer, y que esto la deprimió aún más, al punto que se movilizaron en ella defensas extremas. Negó y renegó, ocultó el diagnóstico, dedicándose a estudiar para terminar su carrera. Desplazó y sustituyó el temido final (de su vida) por una finalización vital, un logro en vez de una pérdida. Su lucha y su energía se concentraron en el estudio al tiempo que dejó de lado a su hijo.

A Julián no lo olvida totalmente, lo atiende en sus necesidades elementales, pero no parece incluirlo en el circuito de circulación de sus afectos e investimentos. Julián no parece haber sido el objeto del amor materno. Su madre tampoco parece haber estado en esa profunda identificación que Winnicott describe en la «preocupación maternal primaria». Más bien esta madre, expuesta ella misma a angustias inconcebibles, parece haberse cerrado sobre sí misma en una especie de burbuja narcisista ajena a toda otra preocupación.

El ocultar el diagnóstico a su familia, a su esposo, podríamos pensarlo quizás como parte de esa renegación de su enfermedad, lo que le permitía

seguir «sana» frente a ellos, ser vista «sana». Pero por esta misma vía no se permitió recibir de ellos el sostén y amparo imprescindibles a su situación y a su propio hijo.

Quizás en una perspectiva con matices kleinianos podríamos pensar en una negación maníaca operando como defensa extrema, buscando una completud, un trofeo narcisista en la culminación de su carrera, al tiempo que su hijo parece quedar desterrado de su mente y de sus afectos con una carga mortífera depositada en él.

Si enfocamos a Julián, a los pocos días de nacer se encuentra expuesto al desamparo emocional, al trauma de no contar con una madre ambiente sensible a sus necesidades. Recibe cuidados físicos, que evocan a los bebés que observó Spitz, pero no cuenta con el allegamiento yoico de una madre identificada profundamente con él, movida por lo libidinal, por el amor y los deseos de vida hacia su hijo.

En esta situación queda expuesto a las agonías impensables, esas que sobrepasan toda posibilidad en él en ausencia de una madre sana y normalmente dedicada a su hijo.

En un trabajo anterior (López de Caiafa, 2002), uno de nosotros enfocaba el proceso por el cual un niño se apropia, construye y crea su propio cuerpo como condición necesaria para constituirse sujeto. En ese enfoque se resaltaba la influencia decisiva de la madre para el logro de una vivencia corporal integradora y personalizada en un yo corporal. Ello sucede por medio de los intercambios cotidianos que en el vínculo con la madre amalgaman sostén, manipulación y la libidinización que presentifica y vehiculiza el deseo materno.

«Gestos, mimos y juegos materno-filiales que constituyen para el bebé ceremoniales de presentación de su cuerpo» (López de Caiafa, 2002: 104). D. Winnicott ha señalado que «la madre está permanentemente presentando y volviendo a presentar el cuerpo del bebé a la psiquis» (Winnicott, 1989: 322).

Julián dispone de su cuerpo, camina, se desplaza, pero no ha hecho de su cuerpo un medio de vinculación con el mundo y sus objetos ni un instrumento de búsqueda de comunicación. En ese errar sin meta no se ve disfrute alguno, el placer de ser y hacer con su cuerpo no está presente. No hubo quizás esa exploración visual y manual complacida del cuerpecito del hijo o de las potencialidades que el deseo materno descubre en él. Esto nos

lleva a pensar en algo de la orfandad con una madre viva, como plantea A. Green en su concepto de la madre muerta (1983).

Si pensamos la transicionalidad y su función en la separación, Julián ¿de qué objeto madre se separaría? ¿De qué unión se desasiría? En su andar vagando sin apegarse a nada parece reeditar algo de sus primeros tiempos en que dormía y dormía. ¿Sería quizás su modo de «apagar el mundo», un mundo que la madre no le presentó ni iluminó para él? Un mundo que a sus dos años y medio está poblado de objetos que para él no existen, no significan.

Sin embargo hay algo que parece interesarle: el romper papeles. Y nos preguntamos qué habrá allí. ¿Se trata de una huella de aquellos papeles en los que su mamá se le perdía? ¿Es la mamá-papel de una unidad patógena que suplantó a la sana y esperable de la unidad mamá-bebé? ¿Es la rabia lo que mueve ese gesto? ¿O es él mismo cayendo en pedacitos sin el sostén materno? ¿O es una muestra de su existir frágil y desintegrado?

No lo sabemos ni quizás vayamos a saberlo. Pero si vamos a la entrevista con Julián se abren otras puertitas y nuevas preguntas.

Al inicio deambula sin interesarse por nada ni nadie, la madre silenciosa y pasiva en segundo plano no intenta interesarlo por nada o estimular algún acercamiento a algo.

Actúa lo que quizás ha sido su rol habitual, no presenta al hijo los objetos del mundo como hacen en general las madres. Y si ella no los presenta, ¿cómo haría él para descubrirlos-crearlos?

Luego «encuentra» la revista y empieza a romper el papel, yo lo observo y luego de algún tiempo voy juntando los papeles y colocándolos dentro de un recipiente. Le digo: «Estás haciendo papa». Me surgió decirlo así, aunque las otras hipótesis estuvieron presentes pero no formuladas. Pienso que se me impuso esta formulación a partir de sus limitaciones y carencias en el hacer. Una carencia que quizás sentí derivada de la pasividad de la madre allí, de su falla en otorgar sentidos a las acciones del hijo. Pienso que se hizo presente por mi parte la necesaria «violencia de la interpretación» propuesta por Piera Aulagnier.

La madre al nombrar lo que el hijo hace lo semantiza, lo interpreta, y eso que ella nombra empieza *a ser* para el hijo. El lenguaje es también encuentro y creación, la paradoja también está en él.

Yo continúo y reafirmo: «Qué rica papa hizo Julián». Lo miro, lo nombro y «como» de la papa que él hizo.

El gesto mecánico de romper papel se ha inscrito en una frase que lo transforma al darle sentido. Este sentido además lo conecta con el *otro* en un mensaje de acción, yo como y lo invito a comer a él.

A partir de allí el diálogo gestual se insinúa posible, él esboza el gesto de darme a mí, el gesto se ha vuelto simbólico y creo que nos pudimos acercar al umbral del juego. Esto era inédito en él, de acuerdo a las palabras de la madre.

«Desconozco a mi hijo», dice, dando cuenta de cuánto no ha podido identificarse y conocer de él y de sí misma. Si bien parece que se asoma algo del reconocimiento de sí, de ese *no* en que se situó para él: «Yo nunca jugué con él así».

La madre presentadora de objetos y de juegos también estuvo ausente, pero ahora los *no* de su descripción inicial comienzan a volver a ella.

El verla conmovida por ese asomo del «darse cuenta» constituyó un destello de esperanza.

MARÍA

María, treinta años, es una estudiante avanzada de ingeniería que ha venido cursando con muchas dificultades y fracasos su carrera. Se pone nerviosa en los exámenes, «son una tortura», a pesar de que pasa largas horas nocturnas preparándolos.

Trabaja en una empresa familiar, ámbito protector que le permite una cierta experiencia laboral. En su primer año de análisis, «mágicamente» comienza a salvar todas las materias.

«Mis padres se separaron cuando tenía un año, ya había problemas... Pero no recuerdo... Mamá se volvió loca y sigue depresiva hasta hoy... Siempre fue así, dice papá.

»Yo llegaba del colegio y me ponía el camión para ver televisión con ella y hacer los deberes, comer y después irme a dormir cuando podía... porque no podía alejarme de ella.

»Llamaban mis amigas y yo con mamá, nunca contestaba. Éramos un pegote.»

Hoy María vive en pareja porque Joaquín, su novio, la «arrancó» de los brazos de su madre después de dos años de relación, relación en la que la sexualidad es problemática, no hay deseo y parece impensable la maternidad.

«No me imagino ser madre a mi edad, ¿qué me está pasando?», dirá María en varias oportunidades.

«A mi madre no la llamo porque la extraño. Si la veo, me dan ganas de llorar y no me acerco porque tengo miedo de no poderme rescatar.

»Siempre necesito de alguien que me cuide: papá en el trabajo, Ana en la facultad, Joaquín en la pareja... ¡es horrible!»

Le digo que me ubica en el lugar de una madre que la cuide pero que la ayude a salir de sus pegotes iniciales con su madre y también a poder seguir salvando exámenes.

María acude a las sesiones puntualmente o aun llegando antes de su hora. Su pensamiento es concreto y su capacidad de asociación limitada, dando cuenta de serias dificultades en la simbolización, lo que explicaría parcialmente sus pobres resultados académicos.

Dato no menor, y que surgió tardíamente en el proceso analítico, es que su madre fue abandonada al nacer y fue criada por padres sustitutos con los cuales hoy no mantiene contacto o vínculo alguno.

Abandonos, desencuentros, encuentros fallidos parecen ser los acordes que pautan esta *sinfonía patética*, que se escuchan en el registro transferencial que despliega la paciente en sus movimientos de historización, acompasados por la angustia, sin que suene en esta melodía ningún acorde de un *allegro vivace*.

Sabemos que el concepto de trauma se refiere no solamente a un acontecimiento que ha ocurrido, que ha sucedido, sino también a algo que no ocurrió cuando debía suceder.

Trauma psíquico causado por una ausencia de respuesta de la madre-ambiente, objeto de la necesidad en los primeros e inaugurales vínculos entre madre y niño.

«El no objeto, en este concepto, no significa la representación del objeto sino la no existencia del objeto» (Green, 1994: 319).

Winnicott, refiriéndose a pacientes fronterizos, plantea que en estos la ausencia de la madre más allá de lo tolerable se vive y se experimenta como equivalente a su muerte.

Y esto nos remite al vacío, llegando a la conclusión de que para estos infantes «lo único real es el hueco, es decir la muerte o la ausencia... Sería el lado negativo de los vínculos» (Green, 1994: 318).

Algo similar, en un registro intertextual, encontramos y nos acerca al concepto de madre muerta desarrollado en la obra de A. Green.

Sostiene que la desaparición de la representación interna correspondería a la representación interior de lo negativo.

Vacío que nos remitiría a una ausencia de representación y que al mismo tiempo se erige como una representación de la ausencia.

Entonces, ¿qué cualidad de objeto interno encontramos en estos pacientes y particularmente en María?

En este vínculo tan dual, preedípico e indiscriminado con una madre depresiva pensamos que habrían existido serias dificultades en el acceso a la transicionalidad. Sus maniobras de alejamiento y de tomar distancia de ella estarían dando cuenta quizás de un temor, angustia (y deseo a la vez) de quedar nuevamente soldada a ella y también de reencontrarse con su ausencia.

¿Madre objeto fetiche o madre objeto acompañante? Es así que necesita hoy recrear en los distintos aspectos de su vida la presencia de otro que proporcione un allegamiento yoico, un apoyo, compañía, que no estuvo oportunamente y si lo hubo fue un encuentro fallido con un objeto malherido y desvitalizado, con la consecuente falla en la instalación de la terceridad del espacio y tiempo transicional.

Refiriéndose a casos fronterizos Winnicott nos dice: «El bebé puede emplear un objeto transicional cuando el objeto interno está vivo, es real y suficientemente bueno (no demasiado persecutorio). Pero las cualidades de este objeto interno dependen de la existencia, del carácter vivo y del comportamiento del objeto externo. Si este da prueba de cualquier carencia relativa a una función esencial, esta carencia conduce indirectamente a un estado de muerte o a una cualidad persecutoria del objeto interno. Si el objeto externo continúa siendo inadecuado, el objeto interno no tiene significación para el pequeño y entonces, pero solo entonces, el objeto transicional se encuentra, también él, desprovisto de toda significación» (Green, 2005: 37).

Pensamos en el encuadre, el eje transferencia-contratransferencia y la presencia real del analista como un tercero que facilita y actualiza la

terceridad necesaria, dando lugar a nuevas resignificaciones de esas primeras inscripciones psíquicas. Resignificaciones que apuntan, *après coup*, a poner freno y a mitigar la fuerza de la compulsión a la repetición, tan responsable y generadora de sufrimiento y de dolor psíquico en nuestros pacientes.

Es el analista que se aviene y presta en el lugar de un tercero facilitador de la separación en el registro dual con su disposición y presencia para allegarse pero también separarse.

La capacidad/incapacidad de simbolización es otro eje que despierta interrogantes en María, y que también fue obstáculo en el proceso analítico. «Simbolización implica tanto pérdida como sustitución», afirma Casas de Pereda, afirmación fuerte en sentidos y contenidos que se desprenden de la lectura del texto y que nos remiten al texto-discurso de la paciente.

Si nos referimos al déficit o trastorno en la simbolización, habría «excesos de referentes fácticos, dificultades con la metáfora (ecuación simbólica). Son trastornos de la sustitución que impiden a la metáfora surgir en su mayor nivel de abstracción» (Casas, 1999: 330).

Evocamos y convocamos a María, quien en su discurso concreto pone al analista en lugar de un tercero que promueve una traducción metafórica sustitutiva de sus vínculos presentes, en la que la pareja, la compañera de estudios, etcétera, y el analista devienen, se convierten en ese otro presente que encarna y delata la ausencia inicial.

D. Winnicott ha señalado que según cómo haya sido la madre de un niño en las etapas tempranas se podría anticipar qué salud o qué patología puede esperarse en el devenir del crecimiento.

La transicionalidad bien transitada da lugar a una estructuración psíquica en la que se puede aventurar el despliegue de las potencialidades personales y la cualidad y riqueza de los vínculos.

La transicionalidad obstaculizada, fallida, distorsionada da paso a existencias psicopatológicas, a las psicosis, a las estructuras *borderline*, a las adicciones, a los falsos *self*, etcétera. Cuadros y situaciones en los que más allá de la nosografía lo que aparece es el sufrimiento. ♦

RESUMEN

A partir de pensar dos situaciones clínicas se focalizan conceptos e ideas winnicotteanos en la zona de la transicionalidad para pensar en torno a sus patologías.

Descriptor: OBJETO TRANSICIONAL / ESPACIO TRANSICIONAL / MADRE
SUFICIENTEMENTE BUENA / PREOCUPACIÓN MATERNAL PRIMARIA / SIMBOLIZACIÓN /
Descriptor candidato: ANGUSTIA IMPENSABLE / TERCERIDAD
Autores-tema: Winnicott, Donald

SUMMARY

From two clinical cases this paper focuses the winnicottian concept of transitionality in order to think around some of its pathological forms.

Keywords: TRANSITIONAL OBJECT / TRANSITIONAL SPACE / GOOD-ENOUGH
MOTHER / PRIMARY MATERNAL PREOCCUPATION / SIMBOLIZATION /
Candidate keywords: UNTHINKABLE ANXIETY / THIRDNESS /
Authors-subject: Winnicott, Donald

BIBLIOGRAFÍA

- BARREIRO, J. *Clínica del uso del objeto*. Buenos Aires: Letra Viva, 2012.
- CASAS DE PEREDA, M. *En el camino de la simbolización*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- GREEN, A. (1971). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1994.
- (1983). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- (2005). *Jugar con Winnicott*. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- LÓPEZ DE CAIAFA, C. «El cuerpo habitación construcción creación». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, noviembre 2002.
- «El objeto-el otro, pensados a partir de ideas de Winnicott». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 108, junio 2009.
- OGDEN, T. (1986). *La matriz de la mente*. Madrid: Tecnipublicaciones, 1989.
- WINNICOTT, D. (1958). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- (1965). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- (1971) *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa, 1997.
- (1989). *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós, 1991.